visto á su escolta que la abandonaba repentinamente, asomóse á la portezuela para ver lo que ocurría.

Al divisar á Felipe, á quien los tres hombres llevaban hacia ella, experimentó como un deslumbramiento y su corazón empezó á latir con tal fuerza que parecía querer romper su envoltura.

Ya no podía dudar; ¡por fin veía á su hijo, al hijo que había llorado durante tanto tiempo!

No hizo falta que se lo dijeran; todo su ser iba hacia él.

Entonces, en una especie de locura maternal, saltó fuera de su litera, corrió hacia el joven, y enlazándole en sus brazos, lo llevó, por decirlo así, hasta el ligero vehículo, en el cual le hizo penetrar con ella.

— Vuelvan al hotel — ordenó Helouin á los portadores.

De buena se ha escapado el teniente de policía Herault — añadió para sus adentros; — porque la condesa parecía decidida á penetrar hasta su domicilio, si hubiera sido necesario, para verle sin demora.

Y, á fin de no turbar las expansiones de la condesa y de Felipe, retiróse con los dos maestros de armas.

IV

MADRE É HIJO

En la silla, Aurora tenía á su hijo abrazado, riendo y llorando á la vez.

Pero no podía hablar, pues no encontraba palabras para expresar su embriaguez.

Sólo decía:

— ¡Hijo mío!...

En esas palabras estaba toda su alma.

Él no sabía responder más que:

— ¡Madre mía!

Y su corazón se derretía de dicha al volver á encontrar tan bella á la de quien su recuerdo de niño conservaba la imagen adorada.

El regreso fué rápido.

Por fin llegó Aurora y condujo á su cuarto á su hijo, al mismo cuarto en que se le había aparecido la víspera.

Allí pudo dar libre curso á la delirante alegría que desbordaba á oleadas de su corazón.

Durante largo rato, hubo entre los dos cambio de tiernas caricias.

Uno y otro habían estado privados tanto tiempo, que ahora no se saciaban.

No obstante, su mutua efusión acabó por calmarse un poco, y entonces entraron en el capítulo de las confidencias.

Aurora quiso que Felipe le contase su vida hasta en los menores detalles.

Entonces el joven le expuso lo que ya hemos relatado.

Cuando habló del hallazgo del papel en la vieja lancha encallada en la playa de Saint-Valery de Caux y del modo como, después de haberlo arrojado al mar, le había vuelto á venir, la madre le preguntó:

— ¿Conservas aún ese papel?

— Sí, madre mía; sin saber por qué no he dejado de tener el presentimiento de que podría serme útil algún día.

— Me lo tienes que enseñar... ¿Dices que el agua ha borrado completamente los caracteres?

— Completamente. Sólo hay una firma abajo; pero también tan borrada, que es imposible descifrarla.

— No importa, quiero verlo.

— Hoy mismo lo verá usted si quiere, madre.

— Eso es, hoy mismo. Aunque parece no tener valor alguno, tengo yo, como tú, presentimiento de que, al contrario, lo tendrá muy grande para nosotros, porque

debía de formar parte de los documentos que llevaba el hombre que te acompañaba.

— Siempre lo he creído así.

Luego, continuó Felipe el relato, y después de contar su encuentro con el anciano y las emboscadas que desde entonces le habían tendido, llegó á la de la víspera.

— De eso ya estoy enterada, hijo mío — interrumpió Aurora, — Helouin me lo ha contado esta mañana. ¿Es Bathilde de Wendel quien te ha atraído á su cuarto, verdad?

— Es cierto, so pretexto de confiarme un secreto relativo á mi origen.

— ¡Qué infame!... En efecto, ya puede estar bien enterada; puesto que ella es quien te hizo desaparecer.

— Me lo ha confesado; quería salvarme la vida por ese medio.

— ¡Ah! ¿ha tenido la audacia de decirte esa mentira? ¿Y no te ha dicho el objeto que la guiaba?

— Primero me dijo que era para sustraerme á resentimientos de personas que, queriendo vengarse de mi familia, de quien eran enemigas, habían decidido mi pérdida.

Luego, me habló de un hombre, de un monstruo que la casualidad colocó en su camino y que la había obligado á servirle... que, entonces, por instigación suya, entró aquí, para...

Al llegar aquí, tuvo una reticencia, y como en aquel momento fuí asaltado por sus cómplices, no he podido saber más.

— Yo voy á hacerte conocer la verdad, hijo mío.

Y Aurora contó á Felipe la historia del testamento y las esperanzas que en éste tenía Bathilde.

— ¡Es posible! — exclamó el joven — Ahora, todo se aclara á mis ojos.

— No; todo no. ¿Sabes quién es el anciano que te ha perseguido con tanto odio durante dos años?

— No, madre.

— ¡Pues bien! escucha.

Un día, poco tiempo antes que te sustrajeran á mi ternura, tu padre recibió una carta de un primo mío, su mejor amigo, el marqués de Chaverny.

— ¡El marqués de Chaverny! — dijo con sorpresa el joven.

— ¿Lo conoces, acaso?

— Le vi últimamente en el campamento de Ostende, con la marquesa y... su hija, Olimpia.

— No me extraña; sé, en efecto, que fueron allí los tres; pero, déjame continuar.

El señor de Chaverny se hallaba entonces en sus campos de Lagny.

En su carta, decía á tu padre, que á causa de una discusión que había tenido con un hidalgo de paso en el país, debía batirse la misma noche en París, en la explanada de los inválidos, junto al jardín.

No sabiendo proporcionarse un padrino, á causa de estar lejos de la capital y del poco tiempo que le quedaba, el marqués rogaba á mi marido que le apadrinase.

Tu padre no quiso negar ese favor, y aunque, pre-

sintiendo una desgracia, hice cuanto pude para disuadirle, se fué, por la noche, al sitio que le designaba su amigo, y donde éste debía de estar esperándole.

¡Ay! la carta era falsa; no era Chaverny quien le esperaba, sino una cuadrilla de miserables que se arrojaron sobre él de improviso y le asesinaron á pesar de su heroica defensa...

Sí, heroica, porque, antes de sucumbir, se formó un lecho de cadáveres; bajo su cuerpo encontraron siete.

Felipe se enderezó estremeciéndose.

Estaba pálido; pero un rayo de orgullo cruzó por su mirada ante el relato de ese fin heroico.

— ¿Luego mi padre era un coloso? — preguntó.

— Sí, hijo mío, un coloso de la espada.

— ¿Y recibieron, sus asesinos, el castigo de su crimen?

— Nunca se supo quienes eran.

— ¿Nunca?

— No, si bien se hizo todo lo posible por averiguarlo.

— De donde resulta, que el que usted llora, ¿no está vengado aún, madre?

— Todavía no; pero puede estarlo pronto... si tú quieres.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que, al fin, esta mañana he descubierto al principal autor del crimen.

— ¿Lo ha descubierto usted?

— Sí...

— ¿Quién es? Pronto, madre, dígamelo.

— Ese hombre es... el cómplice de Bathilde.

— ¿Cómo?... ¿él?

— El mismo; tengo pruebas casi seguras.

Aurora repitió entonces al joven las últimas palabras del conde y la observación que había hecho de que sus asesinos iban mandados por un hombre enmascarado que tenía el vicio de inclinar bruscamente la cabeza contra el hombro izquierdo.

Luego, ella preguntó:

— ¿No has notado semejante movimiento en el hombre que encontraste?

— ¡Sí, sí... en efecto!... — exclamó Felipe; — y hasta recuerdo habérselo dicho á Cocardasse al describirle el personaje. Y ayer mismo, aunque no hice más que entreverlo, noté tan extraño vicio...

Pero, ¿es esa una prueba segura de su culpabilidad, madre? — preguntó el teniente, á quien, teniendo en cuenta la avanzada edad del miserable, repugnaba el condenarlo sin absoluta certidumbre.

— Para mí, lo es; puesto que ese defecto procede de una estocada que le dió tu padre en circunstancias que no tardarás en conocer.

Ese miserable ha sido siempre enemigo mortal nuestro, y sólo ha pensado en causarnos todo el mal posible. Por mucho tiempo, lo he creído muerto, de ahí el que mis sospechas no pudieran recaer sobre él; pero, ya que está vivo, es él, te repito, no puede ser más que él, el asesino del conde Enrique de Lagardère.

— ¿El conde Enrique de Lagardère, ha dicho usted? — exclamó Felipe — ¿Era mi padre ese héroe?

— ¡Ese héroe!... ¡Ah! Felipe, esa palabra me produce mucho bien, porque me remonta á la lejana época de las luchas caballerescas que sostuvo por mí y me recuerda mi desaparecida felicidad.

Unió las manos y balbució, como en éxtasis:

— ¡Enrique, Enrique mío! tu fama te ha sobrevivido. ¡Diez y siete años no han podido borrar el recuerdo de tu valor y de tus actos!

Felipe continuó:

— Desde que estoy en el ejército, he oído citar muchas veces al conde Enrique de Lagardère como modelo de valor y lealtad; y sin saber el estrecho lazo que á él me unía, aprendí á amarle, á venerarle. Pero ignoraba su triste fin...

— Le vengarás ¿verdad, hijo mío?

— ¡Qué lástima que no conozca usted á varios de sus asesinos! — murmuró Felipe, como hablándose á sí mismo.

— ¿Varios? ¿para qué, ya que conozco al principal?

— Hoy mismo, sin piedad, como un justiciero, los mataría á todos, uno tras otro — continuó el joven, sin oír nada.

Aurora no comprendía el motivo que hacía hablar así á su hijo, y se le antojaba muy fría su exaltación.

— Hoy — dijo la condesa, como para terminar, — me perteneces por completo.

Pero — añadió con vehemencia, — mañana iremos á la corte á buscar al principal culpable. Me han dicho que va allí muy á menudo, y ahí, delante de toda la nobleza reunida, es donde le harás expiar su crimen.

La muerte del conde Enrique de Lagardère tiene que ser vengada de manera sonante.

— ¡Tiene usted razón, madre! — exclamó el joven teniente, levantando la cabeza como para marcar la firme determinación que tomaba; — semejante castigo no debe llevarse á cabo en la oscuridad. Y mañana, ya que es el día que usted escoge, Dios guiará mi espada, que nunca habrá servido para tan noble acción.

— No es tu espada la que debe matarle, sino la de tu padre, que desde ahora es tuya.

Aquí la tienes — añadió Aurora yendo á coger á la cabecera de su lecho. — Recíbela, hijo mío, como herencia sagrada, y que te recuerde sin cesar las elevadas acciones del que ya no exíste.

— Sí, madre mía — contestó Felipe besando piadosamente el arma; — será para mí como un recuerdo vivo de mi padre y tal vez me haga tan valiente y tan fuerte como él.

Aurora quiso proceder inmediatamente á la instalación de su hijo; pero se opuso á que se separase de ella un solo momento y envió á sus criados á que recogiesen en casa de Passepoil cuanto le pertenecía.

El viejo hotel parecía revivir.

Había constante agitación en todas sus partes.

¿No había que hacer al actual amo, una morada digna de él?

La condesa parecía transfigurada.

Su debilidad y anonadamiento habían cedido el puesto á una actividad devoradora.

Presidía todo, se cuidaba de todo, estimulando á su servidumbre.

Durante el día, mientras Felipe descansaba un rato, mandó avisar á los marqueses de Chaverny.

Éstos llegaron poco después con Olimpia.

Aurora no dejó escapar más que un grito:

— ¡Ya he hallado á mi hijo!...

— Sabíamos que debían traértelo de un momento á otro — dijo Flor.

— ¿Y vosotros me dejabais llorar también?

— Nos habían cerrado la boca; ¿sabes por qué?

— ¡Ah! sí, para aclarar ciertas sospechas; ¡pues bien! ¡ya está!

— Acabamos de saberlo hace una hora, por Cocardasse. Ahora vas á volver á nosotros; en la corte te aguardan.

— Espero ir mañana; no para tomar parte en las fiestas, sino para vengar á Enrique...

¿Estará allí Peyrolles?

— No falta un solo día.

— ¡Qué miserable! ¡Y yo que lo creía muerto desde la escena del cementerio de Saint-Magloire!

— También nosotros. Helouin es quien nos ha revelado que ese señor italiano llamado Giam-Batista, tan asiduo de Versalles, era simplemente el antiguo factótum de Gonzaga.

— ¿No lo reconocíais vosotros?

— Antes de saber quién era, no; pero después, sí; ten en cuenta que hace veintidós años...

— Es verdad; sin embargo, yo estoy segura de reco-

nocerlo en seguida; mi odio me haría descubrirlo entre mil.

— ¿Y dónde está su hijo? — preguntó Chaverny, notando la ausencia de Felipe y para distraer la irritación que empezaba á invadir á la condesa al hablar de Peyrolles.

— Está descansando un poco, el pobre; está tan rendido; ¡toda la noche errando por París!... sin duda, ya sabrás, Flor...

— Todo — replicó la marquesa — el lazo de anoche en tu mismo hotel, y lo que siguió... Pero, dime, ¿ha huído Bathilde?

— La desgraciada no podía hacer otra cosa.

—En efecto, hubiérale sido difícil comparecer ante tí.

En este momento entró Felipe; acababa de despertarse y traía el papel de que había hablado á su madre.

Ignoraba la presencia de los Chavernys, y al verlos, y sobre todo al ver á Olimpia, experimentó gran turbación.

— Hola, señor conde — le dijo Flor, sonriendo — ¿tardará usted mucho en acudir á la invitación que le hicimos anoche en el baile del Louvre?

— Señora — dijo Felipe — tendré un gran honor en acompañar á mi madre á casa de ustedes... cuantas veces desee ella ir.

— Eso es; su visita nos causará siempre verdadero placer á mi marido y á mí... y todavía más á Olympia, que no deja de hablar de usted — dijo maliciosamente la marquesa.

— ¡Anda! ¿Luego os conocíais? — preguntó Aurora.

— ¡Cómo, que si nos conocemos! — exclamó el marqués. — Su hijo, el teniente conde de Lagardère — que así hay que llamarle ahora — ¿no le ha contado nuestro encuentro en Ostende?

— Me ha dicho que les vió en el campamento; pero no me ha dado más detalles.

— ¿Entonces no le ha dicho á usted que los tres le debemos la vida?

— No sé absolutamente nada de eso.

— Pues sepa usted que, gracias á él, escapamos de una muerte horrorosa.

Durante una violenta tempestad, los caballos de nuestra silla de postas, espantados por el trueno, se desbocaron poco antes de llegar á Ostende, y esperábamos de un momento á otro volcar y aplastarnos, cuando Felipe que, por fortuna, se encontraba allí, se lanzó valerosamente á la cabeza de los animales, á riesgo de hacerse atropellar cien veces, y consiguió, tras duros esfuerzos, detenerlos, precisamente en el momento en que una encina que orillaba la carretera caía sobre los caballos, pulverizándolos, por así decirlo.

— ¡Hijo mío! — exclamó Aurora atrayendo á sí al joven y estrechándole tiernamente en sus brazos; — es tan valiente como su padre.

— ¡Oh! sí, madrina — añadió Olimpia entusiasmada su valor está por cima de toda ponderación... ¡si hubiera usted visto qué terrible era aquello!

Y dirigió á Felipe una mirada de agradecimiento y de amor.

La joven pronunció estas palabras con tal entusiasmo

y con tan vibrante entonación, que lo observó la condesa.

Ésta miró Olimpia, y, al verla tan emocionada, tuvo como una sospecha de la inclinación que hacia su hijo sentía.

Al mismo tiempo, notó que Felipe parecía compartir su turbación.

Intrigada, miró á Flor y al marqués, como preguntándoles lo que aquello quería decir.

Flor, que hacía tiempo había sorprendido ya el secreto de los dos jóvenes, respondió con una seña de inteligencia á la muda interrogación de su prima.

Aurora recibió una herida en el corazón; su cariño maternal se hizo sombrío.

Hubiera querido que su hijo fuese para ella, sólo para ella.

¡Y á las pocas horas de devolvérselo, después de que lo había llorado tántos años, ya le disputaban su ternura!

Más aún: ¡otra la había tenido antes que ella!

Pero ese sentimiento de celos fué pronto combatido por la razón.

¿Iba á prohibir ahora á su hijo que fuese feliz, cuando, al contrario, no deseaba ella más que su felicidad?

No, nunca; puesto que su propia felicidad dependía de la de su hijo.

Devolvió, pues, á Flor, la seña que ésta le había dirigido, para decirle que comprendía y que consentía muy á gusto los amores de Felipe y Olimpia.

Para disimular su turbación, el joven presentó á la condesa la hoja que tenía en la mano.

— He aquí, madre — dijo — el papel que me ha pedido usted. Fíjese en que no tiene huella alguna de escritura, salvo esa especie de firma que hay abajo.

Aurora cogió el pliego y vió, en efecto, que estaba, como quien dice, en blanco.

La entregó luego á los Chavernys, los cuales, como conocían la historia de Felipe, sabían también que poseía ese papel.

Tampoco ellos pudieron descubrir nada aparente.

De todos modos, al examinar lo que parecía una firma, el marqués dejó ver un mohín de asombro.

— Es raro — murmuró — este dibujo borrado, parece tener alguna analogía con mi rúbrica; mira, Flor.

— Es verdad — dijo la marquesa; — no obstante, sería difícil precisar, está muy confusa.

— ¿Qué puede haber habido en esa hoja? — preguntó Aurora. — Seguramente ha debido de estar escrita en parte.

— Según esta rúbrica, es probable; pero habría que ser adivino para volver á hallar una sola de las palabras que en ella estuvieron trazadas.

— En efecto, no veo por qué medio lo conseguiríamos; y, sin embargo, algo me dice que hay ahí, ó mejor dicho, que ha habido ahí, una revelación de gran importancia para nosotros.

Y la condesa clavaba los ojos en el papel blanco, como si por la potencia de sus miradas esperase hacer revivir el texto desaparecido.

Comprendiendo, en fin, la inutilidad de sus esfuerzos,

iba á devolver el papel á Felipe, cuando la doncella entró á anunciarle que el señor Helouin esperaba en la antesala.

— ¡Ah! ¿está ahí, el señor Helouin? — exclamó Aurora. — No podía llegar más á propósito; él que sabe descifrar enigmas, podrá tal vez servirnos en esta circunstancia. Que entre en sèguida.

V

EL PROCEDIMIENTO DE HELOUIN

Un instante después, entraba el policía.

Venía á ponerse á las órdenes de la condesa por lo que pudiera ocurrir, en caso que ella necesitase sus servicios.

— Llega usted con gran oportunidad, querido señor hechicero — le dijo, muy afable, Aurora. — Estamos ocupados en resolver un arduo problema, para cuya solución vamos á apelar á su concurso.

— ¿De qué se trata, pues, señora?

— De saber por qué sortilegio podría llegar á saberse lo que ha contenido este papel.

Usted, que es mago, ¿podrá sacarnos de dudas?

— No lo sé, condesa — repuso Helouin; — no puedo contestarle categóricamente hasta después de haber examinado la cosa.

— ¡Oh! examínela todo lo que quiera — dijo la con-